

En la Pascua, nace el pueblo de la nueva alianza

Sábado Santo, Vigilia pascual
14 de abril de 1979

Génesis 1, 1-31; 2, 1-2
Génesis 22, 1-18
Éxodo 14, 15-15, 1
Isaías 54, 5-14
Isaías 55, 1-11
Baruc 3, 9-15.32-4, 4
Ezequiel 36, 16-28
Romanos 6, 3-11
Marcos 16, 1-18

Los que no están en la catedral esta noche solemne de la Vigilia pascual no pueden captar la belleza que ustedes, aquí en el templo máximo de la diócesis, están no solo presenciando, sino viendo: un cirio encendido en el centro de la Iglesia —es la figura de Cristo y de su Pascua— y un inmenso pueblo, una muchedumbre que llena la nave, el coro y aun afuera del templo.

Podría titular, entonces, como para darle una síntesis a toda la larga liturgia de la palabra que está terminando, este título: *En la Pascua nace el pueblo de la nueva alianza*. Y para darle estructura a la muchedumbre de pensamientos que nos ha suscitado la palabra de Dios esta noche, yo reduciría, y para ser breve, a estas tres ideas: los dos objetos de la celebración de esta noche son Cristo resucitado y el bautismo de los cristianos; la segunda idea sería: la Pascua ilumina toda la larga historia de las alianzas de Dios con los hombres; y en tercer lugar: el pueblo de la nueva alianza somos nosotros.

Los dos objetos de la celebración de esta noche son Cristo resucitado y el bautismo de los cristianos

Esta noche venimos a celebrar no solamente el triunfo de Cristo como un hombre aislado, allá, hace veinte siglos; es el triunfo nuestro. Nosotros somos el Cristo de hoy, los bautizados. Antiguamente, esta era la noche en que la Cuaresma se clausuraba con una bella procesión de catecúmenos que iban a recibir las aguas bautismales y, vestidos de blanco, eran la figura más hermosa de la resurrección: una vida nueva en el bautizado.

Ya que tenemos la dicha de ser nosotros bautizados desde hace mucho tiempo, esta noche, dentro de breves instantes, vamos a renovar nuestro bautismo. Hagamos de caso que esta noche hemos comprendido la grandeza de ser cristiano, la grandeza de incorporar a nuestra vida todos los méritos de Cristo muerto y toda la gloria de Cristo resucitado. Y entonces comprenderemos lo que significa este pueblo que llena la catedral: es Cristo resucitado. No solo está, pues, simbolizado en un hermoso cirio que hemos bendecido en la procesión inicial de esta noche, sino que, más que el cirio, Cristo está vivo en 1979. En esta Pascua de San Salvador, ha resucitado y ustedes, los cristianos, son el testimonio de que Cristo sigue viviendo. ¡Bendito sea Dios que, esta noche, una diócesis que va comprendiendo cada vez mejor su compromiso con Cristo y con su bautismo está haciendo honor a esta historia de que Cristo sigue viviendo! La Iglesia es el cuerpo de Cristo en la historia. Nosotros somos el Cristo viviente de 1979.

La Pascua ilumina toda la historia de las alianzas de Dios con los hombres

Mi segundo pensamiento es para querer abarcar toda esa preciosa serie de lecturas que, en un gesto ecuménico, ha preparado la comisión de Semana Santa. Y han escuchado ustedes, en labios cristianos de diversas confesiones pero todos creyentes en Cristo, cómo la Pascua ilumina, como esta noche el cirio está iluminando toda esta catedral. La resurrección, la Pascua de Cristo ilumina toda la larga historia de Dios y los hombres, que se remonta hasta la primera lectura que escuchamos: “En el principio, Dios creó el cielo y la tierra”.

Gn 1, 1

Y comenzaron las alianzas. A lo largo de toda nuestra Cuaresma de este año, hemos ido siguiendo las diversas alianzas que Dios, el enamorado incansable de los hombres, a pesar de la negación de los hombres, va tratando de ganarles el corazón. Con Noé, bajo el signo del arcoiris, hace una alianza que es como rubricar su voluntad de crear: creó el cielo, la tierra, los animales, todo cuanto existe: “Ya no mandaré otro diluvio. Conservaré la naturaleza para el hombre. Seguiré pensando en el hombre como príncipe de la creación; solamente que me adore: Yo soy su Dios”. Y así como Noé, agradecido ante el Dios que le conservaba la naturaleza, la alianza de los hombres con Dios significa adoración al Creador de todo, respeto a sus leyes, respeto a la naturaleza, justicia en el reparto de los bienes que Dios ha creado para todos, cuidado de la naturaleza. Que este afán de destruir, este peligro tremendo de quedarnos sin agua, sin aire puro, sin bosques, ese afán de destrucción como un nuevo diluvio, Dios lo quiere conjurar. Cuando miremos en el arcoiris la voluntad de Dios de conservar la naturaleza, acordémonos que es parte de nuestra alianza con Dios la conservación de esas reservas que la humanidad necesita.

Gn 9, 11

Y continúa, en las lecturas de hoy, ya no en el orden de la naturaleza, eso se supone que el hombre lo va a amar, pero va a hacer una religión y necesita pactar con un privilegiado, un nómada del desierto: Abraham. Pero ¡qué fe la de aquel hombre! Anciano, sin patria, peregrino sin saber a dónde va, va obedeciendo a Dios que le ha dicho: “Voy a hacer de ti un gran pueblo, del cual saldrá la bendición para todas las naciones”. Y Abraham, sin comprenderlo, es el padre de nuestra fe.

Gn 12, 2

Y de él nace el pueblo, que ya hecho pueblo, caminando hacia su liberación de Egipto, hacia la tierra prometida, aparece en una tercera alianza, cuando Dios habla a Moisés y lo manda a trasladarse a través del éxodo. Toda esa lectura que hemos escuchado hoy es el Dios que va con el pueblo predilecto porque va trayéndonos allí un Redentor.

Y aparece la hora de los profetas que anunciarán al Redentor de los hombres, las condiciones que Dios quiere de este pueblo suyo. Hasta que nace el Redentor. Y han tocado las campanas esta noche en la hora en que sonaba, en las lecturas bíblicas, la plenitud de los tiempos. Cristo está ya con nosotros y es un Cristo que ha muerto y ha resucitado.

Su alianza con los hombres, la alianza nueva que anunciaron los profetas, es una alianza definitiva, es una alianza que “une”, como cantó el sacerdote al principio de esta liturgia larga de esta noche: “¡Oh noche bendita, en que se une el cielo con la tierra!”¹. Llegó a llamar al pecado de Adán “feliz culpa que mereció tan grande Redentor”². Ya los pecadores contamos con una alianza de reconciliación. Ha llegado a nosotros en la cruz, en la Pascua, la hora en que nosotros mismos somos el pueblo nuevo: el nuevo Israel que nace del bautismo.

El pueblo de la nueva alianza somos nosotros

Hemos escuchado, en la lectura de San Pablo, cómo nos desvela este misterio. Todo hombre nacido de la carne, si quiere incorporarse a esta alianza de Dios con los hombres, se bautiza y, en el bautismo, la muerte de Cristo se hace muerte del cristiano; y la resurrección de Cristo se hace vida nueva en el corazón del cristiano. De allí, surgen los compromisos de este pueblo cristiano que en esta noche venimos a renovar. Es el compromiso de una solidaridad estrecha con la muerte de Cristo y con la resurrección de Cristo.

Esta noche, hermanos, si de verdad queremos hacer honor a la pertenencia a este pueblo que nos ha congregado en la catedral, en la Vigilia de la Pascua, pensémoslo bien. Si de verdad queremos ser bautizados y hacer honor a la incorporación de la muerte de Cristo por el bautismo, hay que morir: morir al pecado, morir a todas las maldades, matar en nosotros los egoísmos, las envidias, las intrigas, las idolatrías de los falsos dioses. No hay más que un solo Dios, y el cristiano adora a ese Dios en Cristo nuestro Señor. Y si, por rechazar idolatrías falsas, tiene que morir mártir por ser fiel a su único Dios... Tenemos, gracias a Dios, páginas de martirio no solamente en las historias pasadas, sino en la hora presente. Hay sacerdotes, hay religiosos, hay catequistas, hay hombres humildes del campo que han sido matados, despellejados, aplastada la cara, deshechos, perseguidos por ser fieles a este único Dios y Señor, Jesucristo, a quien esta noche nosotros le debemos de renovar nuestro compromi-

¹ Pregón pascual.

² *Ibid.*

so bautismal; o es la noche de decirle: “Señor, voy a apostatar. No tolero aguantar este exclusivismo con que tú me quieres, ese seguirte a ti, que tú dices: ‘El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame’”. “No se puede servir a dos señores”. No se puede ser cristiano que ha prometido fidelidad a Cristo y, luego, estar traicionando a ese Cristo, idolatrando el ídolo riqueza, el ídolo poder, el ídolo lujuria, el ídolo orgullo, el egoísmo y tantas otras clases de idolatría. Esta noche es una noche de fidelidad ante aquel que me mostró la fidelidad hasta la muerte. ¡Él sí me amó! Y aun cuando el amor le costó la muerte de cruz, no tuvo miedo y se entregó por mí. “Ya no vivamos para nosotros —dice San Pablo—, vivamos para aquel que murió y que ha resucitado también”. “Porque el que pierde su vida por mí la encontrará. El que cree en mí y me sigue no morirá nunca, tendrá vida eterna”. Y esta noche de la resurrección, el cristiano comprende la grandeza de su fe, de su esperanza, de poner en Cristo toda su fuerza, todo su amor.

Mc 8, 34

Mt 6, 24

Gal 2, 20

Mc 8, 35

Ojalá, queridos hermanos, que en este momento en que vamos a renovar nuestra encarnación de Cristo en nosotros, nos arrepiñamos de nuestras cobardías. No queramos ser cristianos de dos caras: con Cristo y contra Cristo. Decidámonos de una vez. Y de veras, que la mejor respuesta en esta noche de amor al Señor resucitado no solo sea esta presencia tan encantadora, tan enardecidora, que yo les agradezco profundamente haber respondido con tanto entusiasmo a la presencia de la Vigilia pascual. Que esta noche, al salir de catedral, sintamos todos el inmenso honor y toda la grande responsabilidad de haber sido bautizados.

Y así, sí celebraremos la resurrección de Jesucristo, que no es solo alegría de Cristo como individuo, sino honor inmenso de todos aquellos que formamos el nuevo pueblo de la nueva alianza, el pueblo que ha pactado con Dios, como lo hemos escuchado hoy: “Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo”, en Cristo Jesús, que ha marcado con su sangre y con la gloria de su resurrección. Nosotros, como a los pies del Sinaí, esta noche le estamos diciendo que sí queremos ser su pueblo y que haremos todo lo que el Señor ha dicho. Así sea.

Lv 26, 12

Ex 19, 8